

LA MULTIPLICACION DE LOS POBRES

No hace falta recordar el pasaje bíblico, para tener de los deberes sociales del rico, una idea proporcionada. Aunque esto no quiere decir que no existan muchos, que se olviden demasiado del exiguo orificio de la aguja, por donde los camellos no pasaban en aquellos patriarcales tiempos, ni pasan en esta edad presa de la fiebre del oro.

No tratamos ahora de filosofar, en torno a tema tan sugestivo. Es de más bajo vuelo nuestro pensamiento, y requiere posarse, figeramente, sobre esa figura del hombre que ha trabajado como un negro, desafió valientemente todos los riesgos y logró una posición económica más o menos brillante. No hace falta que lo sea mucho, para que cierto sentido inactual de las valoraciones sociales, le considere como un ente contra el cual toda expoliación resulta legitimada.

En múltiples ocasiones, hombres investidos con funciones inseparables de la ecuanimidad y la alteza de criterio, sienten la tentación de perderlas, o las pierden efectivamente, por una apreciación subjetiva, en la que respira la antipatía al enriquecido. Como si esto, ante el código de la sociedad en que vivimos, fuera una especie de delito implícito. En realidad, y salvo las inevitables excepciones, es todo lo contrario: un premio merecido al esfuerzo y al trabajo, cuando no a la inteligencia.

¿O es preferible que sean los pobres los que se multipliquen? A juzgar por ciertas reacciones, muchas veces provenientes de esos ricos de segunda mano que son los grandes heredipetas, dijérase que un país es feliz en proporción directa al número de sus pobres, cuando en todo lo contrario está la clave de la emancipación social.

Lo que revela este fenómeno, no es muy agradable en el terreno moral. Pero este es un terreno demasiado grave, para que vayamos ahora a introducirnos en él. Quédesse la cosa en que, la multiplicación de los pobres, no interesa a nadie, y que si los países poderosos económicamente, lo son, es porque supieron hacer ricos a sus habitantes y sostener este grado de superación sobre los duros apremios de la vida, y sobre la veleidad de los tiempos, sin ese asombro aldeano que a veces vemos dibujado en la faz de algunos, cuando el viento infla las velas de los otros.

MAREIRO